

## *Inteligencia Artificial, alivio artificial*

La expansión contemporánea de la Inteligencia Artificial no puede comprenderse únicamente como un proceso de innovación tecnológica ni como una nueva etapa del capitalismo informacional. Su rasgo distintivo, aquello que la vuelve histórica y políticamente singular, es su intervención directa sobre los procesos cognitivos, es decir, sobre las capacidades de pensar, decidir, aprender y producir conocimiento en contextos de gestión, educativos, laborales, culturales y artísticos.

Lejos de producir un alivio real, la IA introduce una dinámica de externalización de capacidades cognitivas que incrementa la exigencia general del trabajo intelectual. No reduce el trabajo: lo acelera, lo fragmenta y lo intensifica. Externalizar una función mental no equivale a descansar; equivale a desplazar el esfuerzo hacia la validación permanente, la supervisión continua y la adaptación constante a ritmos impuestos por sistemas técnicos.

### *Oligopolio tecnofeudal*

Retomando el análisis previo sobre el “tecnofeudalismo” —la consolidación de un oligopolio tecnológico global— podemos desplazarlo hacia un eje complementario y decisivo: el impacto de la IA sobre los sistemas educativos, los mercados de trabajo y los espacios de producción cultural.

El oligopolio de la Inteligencia Artificial no es un accidente del mercado ni el resultado natural de una competencia exitosa, sino la consecuencia directa de una concentración extrema de recursos estratégicos. El desarrollo de los modelos de IA más potentes se encuentra hoy en manos de un número muy reducido de actores corporativos y estatales: grandes empresas tecnológicas estadounidenses —como Google, Microsoft, OpenAI, Meta y Amazon— y, en un segundo bloque, conglomerados chinos fuertemente articulados con el Estado, como Baidu, Alibaba y Tencent. Esta concentración responde a barreras de entrada prácticamente infranqueables: acceso a volúmenes masivos de datos, capacidad de cómputo de escala planetaria, infraestructura energética, talento altamente especializado y financiamiento sostenido en el tiempo. Ninguno de estos elementos puede ser reproducido fácilmente por países periféricos o incluso por economías desarrolladas que no formen parte del núcleo tecnológico global.

Esta concentración tecnológica está inseparablemente ligada a la geopolítica contemporánea. La IA se ha convertido en un activo estratégico, comparable al control del petróleo en el siglo XX. El desarrollo de modelos avanzados depende críticamente de la producción de semiconductores de última generación, dominada por un puñado de empresas y territorios: el diseño de chips en Estados Unidos, la fabricación avanzada en Taiwán y Corea del Sur, y el control de materiales críticos distribuidos de forma desigual. La creciente disputa entre Estados Unidos y China por el liderazgo en IA —expresada en restricciones a la exportación de chips, controles de inversión y políticas industriales agresivas— no es solo una guerra comercial, sino una pugna por el control de la infraestructura cognitiva del futuro. En este escenario, los países centrales refuerzan su capacidad de desarrollar IA de punta mientras el resto del mundo queda relegado al rol de usuario dependiente. La geopolítica de la IA consolida así un orden tecnológico jerárquico, donde la soberanía cognitiva se convierte en un privilegio geopolítico y el acceso a capacidades avanzadas de inteligencia artificial queda subordinado a intereses estratégicos globales.

La IA, en su forma dominante, no produce alivio, sino que reorganiza la exigencia cognitiva bajo la promesa de eficiencia, debilitando la autonomía humana y postergando cualquier posibilidad real de descanso.

### ***La materialidad de la IA: infraestructura y extracción***

Como ha señalado Kate Crawford, la Inteligencia Artificial es una tecnología profundamente material. A su infraestructura energética, mineral y logística debe añadirse una dimensión frecuentemente omitida: el trabajo humano que produce datos, etiqueta información, entrena modelos y consume resultados. La IA funciona sobre una vasta base de actividades invisibilizadas que sostienen su aparente inmaterialidad.

Este oligopolio, descrito por Nick Srnicek, no se sostiene solo en datos y cómputo, sino en una reorganización masiva del esfuerzo humano. La promesa de automatización cognitiva se apoya en una paradoja: mientras se externalizan funciones mentales complejas, se intensifican formas de trabajo precarizado en tareas repetitivas y fragmentadas, desde la moderación de contenidos hasta el soporte educativo y cultural.

La IA no elimina el trabajo: lo redistribuye y lo oculta. El resultado es una economía política del conocimiento donde el esfuerzo cognitivo se fragmenta y se naturaliza,

mientras el valor se concentra en los nodos oligopólicos que controlan la infraestructura tecnológica.

### *Automatización cognitiva y reconfiguración del trabajo*

Daron Acemoglu y Simon Johnson han mostrado que la orientación actual de la IA hacia la sustitución del trabajo humano responde a incentivos económicos y no a una inevitabilidad técnica. Esta orientación produce un efecto claro: la transformación del trabajo intelectual en una tarea de supervisión de procesos que ya no se dominan plenamente.

La automatización cognitiva no elimina la carga laboral; la desplaza. El profesional contemporáneo —docente, programador, diseñador, administrativo, investigador, artista— debe adaptarse a flujos de trabajo acelerados, multitarea permanente y exigencias de disponibilidad continua. El alivio prometido por la IA se convierte, en la práctica, en una intensificación del ritmo y en una reducción de los márgenes de reflexión, error y aprendizaje.

El dumping cognitivo se expresa así como una reducción sistemática del tiempo para pensar, dudar, experimentar y comprender en profundidad. El trabajo se vuelve reactivo, fragmentado y dependiente de sistemas que producen resultados “suficientemente buenos” sin exigir comprensión plena.

### *Dumping cognitivo, diferenciación de acceso y brecha social*

El dumping cognitivo debe ser comprendido como un proceso escalonado, no como un evento abrupto. La diferenciación actual entre modelos gratuitos y modelos pagos de Inteligencia Artificial no es un fenómeno secundario ni transitorio, sino la forma embrionaria de una reorganización más profunda del acceso a capacidades cognitivas artificiales. Lo que hoy aparece como una diferencia de rendimiento ya está produciendo desigualdad; lo que podría venir es su consolidación estructural.

En el presente, los modelos pagos exhiben ventajas claras respecto de los gratuitos: cantidad infinita de interacciones, mayor capacidad de procesamiento, respuestas más extensas y contextualizadas, mejor desempeño en tareas complejas, menor tasa de error y acceso anticipado a nuevas funciones. Estas diferencias impactan directamente en la productividad, la calidad del trabajo y la velocidad de resolución de problemas en ámbitos educativos y laborales.

Esta asimetría ya produce una brecha cognitiva efectiva. Quienes acceden a modelos pagos pueden organizar mejor su trabajo, elaborar textos más complejos, explorar alternativas con mayor profundidad y reducir significativamente los tiempos de producción. Quienes dependen de modelos gratuitos operan con herramientas más limitadas, aun cuando enfrentan las mismas exigencias institucionales y laborales. La desigualdad no surge de la capacidad individual, sino del acceso diferencial a infraestructura cognitiva.

Este escenario actual funciona, además, como una fase de habituación. Durante el período en que los modelos gratuitos están disponibles, amplios sectores sociales reorganizan sus prácticas de estudio, trabajo y producción cultural en función de la IA. Se externalizan funciones cognitivas, se reducen tiempos de elaboración y se elevan los estándares de rendimiento. El dumping cognitivo se instala como norma.

En este contexto, la eventual decisión de las plataformas de restringir el acceso gratuito o de relegarlo a versiones significativamente degradadas no produciría un simple retroceso, sino un salto en la desigualdad. Quienes puedan pagar mantendrán —e incluso ampliarán— sus capacidades de producción y resolución de problemas. Quienes no puedan hacerlo quedarán expuestos a un doble efecto: menor acceso a herramientas y mayores exigencias externas, ya normalizadas por el uso generalizado de IA.

El dumping cognitivo adquiere aquí su dimensión más problemática. Durante la fase de acceso amplio, se debilitan capacidades humanas por desuso. Cuando el acceso pleno se mercantiliza, esa dependencia se transforma en vulnerabilidad estructural. Los sujetos quedan atrapados en un entorno que exige operar con IA, pero sin garantizar las condiciones materiales para hacerlo.

En el sistema educativo, este proceso amenaza con institucionalizar una desigualdad profunda. Estudiantes con acceso a modelos pagos contarán con apoyo cognitivo avanzado para escritura, análisis y resolución de problemas complejos, mientras que otros quedarán limitados a versiones menos potentes o directamente excluidos. Sin embargo, los criterios de evaluación, los ritmos académicos y las expectativas de desempeño tenderán a ajustarse a las capacidades de los modelos más avanzados.

En el mercado laboral, la diferenciación se traduce en segmentación. Trabajadores con acceso a IA paga se vuelven más productivos, más competitivos y más adaptables. Quienes no pueden costear ese acceso quedan rezagados, no por falta de formación o

experiencia, sino por una desigualdad tecnológica estructural. La brecha salarial, la precarización y la pérdida de oportunidades se profundizan.

Lo que hoy se presenta como una elección individual —pagar o no por un mejor modelo— corre el riesgo de convertirse en una condición estructural de inclusión o exclusión. La IA deja de ser una herramienta y pasa a funcionar como un filtro social.

Desde una perspectiva política, esta articulación entre presente y futuro inmediato plantea un desafío central. Si el dumping cognitivo continúa avanzando sin regulación, el acceso desigual a la IA no solo reproducirá las desigualdades existentes, sino que las amplificará. La disputa por la Inteligencia Artificial es, en este sentido, una disputa por la igualdad de condiciones para pensar, aprender y trabajar en sociedades crecientemente mediadas por sistemas técnicos.

Sin políticas públicas que limiten la mercantilización extrema, garanticen acceso equitativo y fortalezcan capacidades cognitivas propias, el alivio prometido por la IA se consolidará como una forma sofisticada de exclusión. El presente ya ofrece señales claras de ese rumbo.

### *Autoridad epistémica y dependencia técnica*

Daniel Dennett advirtió que el peligro central de la IA reside en la cesión de autoridad epistémica. Esta cesión se traduce en una aceptación creciente de recomendaciones algorítmicas para evitar el costo cognitivo de decidir.

En contextos laborales y educativos, esta dinámica reduce la carga inmediata de decisión, pero instala una dependencia estructural. Docentes, profesionales de la salud, trabajadores culturales y administrativos reorganizan sus prácticas en función de sistemas que no controlan ni comprenden plenamente. La autoridad algorítmica redefine criterios de relevancia, eficiencia y corrección.

La pérdida de autonomía cognitiva no es un efecto colateral, sino una condición funcional del modelo. A mayor dependencia técnica, menor capacidad colectiva de deliberación y cuestionamiento.

### *La Educación bajo el régimen de externalización cognitiva*

El impacto más profundo del dumping cognitivo se manifiesta en el sistema educativo. Aprender implica atención sostenida, repetición, error y elaboración conceptual. La

incorporación acrítica de IA en las aulas introduce una lógica de externalización que interrumpe estos procesos.

Cuando los estudiantes delegan la escritura, el análisis o la resolución de problemas, no solo pierden habilidades abstractas: se debilita su relación con el proceso mismo de aprender. Se reduce la tolerancia al esfuerzo intelectual y se acortan los umbrales de atención y memoria de trabajo.

La educación mediada por IA corre el riesgo de producir sujetos altamente funcionales a sistemas automatizados, pero frágiles frente a la complejidad. Personas entrenadas para operar interfaces, pero no para sostener procesos cognitivos prolongados.

### ***Mercado laboral, desprofesionalización y precarización***

La desprofesionalización adquiere una dimensión transversal a prácticamente todos los sectores del trabajo. No se trata únicamente de profesiones tituladas. La IA está penetrando de manera acelerada en tareas administrativas, de gestión, atención, organización y control, históricamente consideradas trabajo no profesional o semi-calificado.

En ámbitos administrativos —organismos estatales y empresas— la IA se incorpora para acelerar trámites, redactar documentos, clasificar información y responder comunicaciones. El trabajador es directamente reemplazado, o en el mejor de los casos transformado: pasa a validar respuestas automáticas, ajustar prompts cada vez más específicos y sostener ritmos de producción crecientes con menor margen de error.

La exigencia de producir más, más rápido y a menor costo se extiende así a todo el espectro laboral. La precarización no es solo contractual o salarial, sino cognitiva: una pérdida progresiva del control sobre el saber hacer y sobre los tiempos del trabajo.

### ***Cultura, arte y automatización de la sensibilidad***

En el campo cultural y artístico, la IA introduce una forma de alivio creativo que amenaza con homogeneizar la sensibilidad. La creación, históricamente ligada a la exploración y la experimentación, se ve reemplazada por combinaciones algorítmicas optimizadas.

La producción cultural se orienta cada vez más por métricas de visibilidad y rendimiento, reduciendo los márgenes de búsqueda y conflicto. El dumping cognitivo se convierte aquí en dumping sensible.

### *Colonialismo cognitivo y dependencia estructural*

El desarrollo concentrado de la Inteligencia Artificial constituye una nueva fase del colonialismo, centrada en la captura y reorganización de los procesos cognitivos a escala global. Este colonialismo cognitivo se funda en la extrema concentración de infraestructura, datos y capacidad de cómputo en un reducido número de corporaciones y Estados del Norte Global.

Como ha señalado Kate Crawford, la IA cristaliza relaciones de poder preexistentes. Los modelos de lenguaje y los sistemas de decisión incorporan supuestos culturales, lingüísticos y normativos propios de los contextos donde fueron diseñados. Su despliegue global produce una asimetría epistémica profunda.

Los países que no controlan infraestructura propia de IA quedan atrapados en una doble dependencia: exportan datos e importan capacidades cognitivas artificiales ya entrenadas y reguladas externamente. Esta dependencia reorganiza estándares de productividad, criterios de evaluación y formas de trabajo en función de lógicas ajenas.

El dumping cognitivo adquiere aquí una dimensión geopolítica. Las capacidades artificiales se introducen masivamente como soluciones eficientes y de bajo costo, mientras erosionan las capacidades locales de producción de conocimiento. A largo plazo, esta dinámica consolida sociedades altamente dependientes de herramientas externas y progresivamente desposeídas de su autonomía cognitiva.

La Inteligencia Artificial, tal como se desarrolla hoy, no amenaza únicamente empleos o mercados. Amenaza la autonomía cognitiva. La externalización masiva del pensamiento no produce alivio: produce más exigencia, más velocidad y menos capacidad de comprensión.

Defender el pensamiento implica disputar la dirección del desarrollo tecnológico y revalorizar el trabajo cognitivo no instrumental.

Como señalan Acemoglu y Srnicek, es necesario intervenir políticamente sobre los incentivos que orientan la IA. El alivio real no vendrá de la externalización permanente

de capacidades, sino de políticas que restituyan tiempo para pensar, aprender y decidir colectivamente.